

Silvana

CARLOS BAHAMON LEON*
Para Anató, por lo vivido.

Recuerdo la primera vez que te vi. Hacia sol. Los rayos parecían buscar entrada por los claros de las ventanas. Los vidrios sucios daban una sensación de abandono.

Te recuerdo con aquel pullover agujereado en los codos, unos Jeans desteñidos y un aire de despreocupación que nunca te abandonó, parada allí en la puerta de la cafetería, como atemorizada por el barullo.

Hacía poco había ingresado a la universidad. Era aquella época en que leía vertiginosamente todo lo que caía en mis manos, acaso como sólo se lee una vez en la vida y creía aún en muchas cosas de las que luego habría de renegar.

Te acercaste a nuestra mesa. Enrique con quien estaba, te conocía. Terminabas Bellas Artes. Querías ser pintora.

Hablamos poco o casi nada, pues la algarabía arrastraba las palabras.

De pronto en medio de las clases te veía. Casi siempre rodeada de mucha gente. Y aunque quería hablarte, aquel ambiente no hacía propicio un encuentro.

* Cuento finalista en el Concurso Nacional de la Fundación Testimonio, Pasto - 1981. Su autor pertenece al Taller de Escritores de la Universidad Central.

Aquella tarde ibas sola. Te alcancé.

— No vayamos a la cafetería —me dijiste.

Caminamos largo rato por entre los urapanes, que movían su follaje mecido por el viento.

La madeja que eras se fue deshilvanando. Hablaste poco de ti. Y sin embargo me contaste que vivías sola, en un apartamento por los lados de Teusaquillo, en donde tenías también tu taller. Preparabas poco a poco tu primera exposición. La prueba de fuego como la llamabas.

Fuimos a tu estudio. Era un cuarto amplio, de grandes ventanales, por donde la luz entraba a borbotones. Lienzos, pinceles, y cosas tiradas por todas partes.

— No hagas caso del desorden —me habías dicho.

Aquella tarde salí de tu estudio con la sensación de haber rodado por un despeñadero.

No pasó ya un día sin que nos habláramos.

Cuando nos veíamos en la universidad, no te hablaba. Te veía casi siempre con alguien, pero sabía de lo sola que estabas. No hay nada más engañoso en la vida, que aquellas personas siempre rodeadas de mucha gente. Son las más acosadas por la soledad.

Prefería ir a tu estudio y mientras hablábamos te veía llenar los lienzos de colores.

Todo sin embargo se me fue volviendo tan urgente, tan apremiante, que ya no pude más vivir sin ti. Aquella isla que era, se veía habitada por un naufrago, que a pesar de las necesidades se resiste a partir.

Cada vez iba menos a la universidad, porque empecé a entender que aquel no era el camino que debía tomar, para llegar a donde quería. Tú pintabas con el arrebatado del que sabe que no puede perder el momento de disposición.

Eran paisajes ocre y malvas en donde de pronto colocabas figuras frágiles y desleídas.

Estabas como yo asolada por la soledad. Eso nos unió. Tú parecías andar con paso firme, mas yo no tenía bien claro lo que quería hacer. Escribía, pero me faltaba la fuerza que hace que el acto, se volviera necesario.

Me dijiste entonces que lo mejor y más sano era primero vivir.

III

Tu condición era la libertad. Mas no la mía. Vivía por aquellos días aún en casa de mis padres. Tenía una familia, compromisos, que me era difícil quebrar.

Prefería no hablar de esto contigo. Estas eran las cosas que nos separaban. Papá soñaba con verme profesional. Con darme con el tiempo el mando de la compañía que tenía. Creía en aquellas cosas que combatías.

La legalidad, que me hacía sentir encarcelado. Había que alcanzar un título, algo que me hiciera salir del bando de los fracasados. Casi que vivía para eso. Tú creías que esto es lo que arruina a un hombre, aunque él no lo quiera, y era lo que tratabas de hacerme entender.

Y lo entendí pero demasiado tarde.

Ya mamá extrañaba mi conducta. Casi no permanecía en casa, muchas veces no comía ya con ellos —costumbre sagrada entre nosotros—, y empecé a quedarme fuera.

Los días se me iban en tu estudio.

Papá me llamó varias veces la atención. Estas cosas nunca te las comenté. Empezaban a preocuparse seriamente por mi suerte. Pero tú te habías instalado como un turbión en mi vida.

Fue un día en tu estudio que lo decidí. Me propuse lanzar todo por la borda. Una cosa era pensar en lo que había querido hacer de mi vida, y otra era vivirla.

Casi siempre nos quedamos a medio camino —me dijiste— Papá puso la denuncia cuando sospeché que me había marchado, lo habría de saber después.

Viajamos varios días asolados de cansancio en trenes de segunda.

Descansábamos en estaciones arrasadas por el calor, en donde apenas encontrábamos al encargado de despachar el tren, que espantaba la nube de mosquitos con un periódico viejo de la capital, que leía cuando estos le daban tregua.

Habíamos partido sin rumbo fijo y cuando nos bajamos en aquel pueblo de pescadores, nos miramos como diciéndonos, hasta aquí llegó nuestro viaje.

Allí, en aquella pensión, la única del pueblo, en donde pedimos un cuarto que diera al mar, nos instalamos.

Todo era tan sencillo. Una cama, una mesa y dos asientos, una jofaina de peltre. Las paredes veían interrumpida su monotonía con algunas láminas, desteñidas por el tiempo.

En un extremo, el cuarto tenía una ventana con dos batientes, que abiertas enmarcaban un pedazo de mar. Sobre la repisa de la ventana, una matera parecía naufragar. Teníamos la sensación de que en aquella estancia habíamos empezado propiamente a vivir.

Temprano, cuando la noche empezaba a desteñirse, nos asomábamos a ver planear las gaviotas.

Esperábamos al atardecer a los pescadores que dejaban, agotados, sus canoas volcadas sobre la arena.

Recostado a tu lado supe vencer la soledad. Fue allí donde conocí el amor.

En las noches, abríamos los batientes y presintiendo el mar por el ruido en el fondo, y sintiendo la tufarada del salitre que lo inundaba todo, dibujé tu cuerpo con manos trémulas. Acaricié tus senos pequeños y maduros como peras, que cogía como si se me fueran a escapar, y palpé el musgo suave y apretado de tu sexo.

Allí fuimos uno. En las madrugadas, desnudos, retozábamos con la piel argentada por la luna, en aquel mar de agua tibia.

Caminábamos por aquellas calles terrosas en medio del murmullo de los pájaros, que cantaban en sus jaulas y respirábamos aquel aire filtrado por las redes tupidas de los pescadores.

A veces salía con ellos a pescar. Me esperabas en medio de aquellos días sin tiempo.

Trataba así de darle algún sentido a mi vida.

Tú pintabas aquellos atardeceres. Esa era nuestra felicidad. Pero eso no podía durar.

Basta que un hombre sea feliz para que la vida le ponga una zancadilla.

Papá luego de esfuerzos desesperados me había localizado.

Al pueblo me fueron a buscar. No pude resistirme. Volví con ellos. Mamá estaba enferma. Te pedí que volvieras con nosotros. No quisiste. Te vi por última vez parada frente al mar, con la piel atezada por el sol, descalza, mirándome, con la compasión con que se ve ir a un condenado a la horca.

El viento mecía tus cabellos.

Es la última imagen que tengo de tí.

Volví a la universidad. En una palabra claudiqué.

Aquellos días se me hacían largos, interminables. Pasaba en las tardes por tu estudio, que habían alquilado ya a otra gente.

Lo tuyo había sido como un sueño y volví a la pesadilla que era mi vida.

Pensaba, desconsolado, que la vida, una tregua, se la da a cualquiera.

Pregunté muchas veces por tí. Nadie me dio razón.

Te fallé Silvana, porque la cobardía pesa más.

Sin embargo he dejado las ventanas abiertas por si algún día decides entrar.

Aunque sé, que ya no lo harás.